

# “Lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”: imaginarios y experiencias respecto de la vejez no heterosexual

*Abraham Nemesio Serrato Guzmán\**

## *Resumen*

El objetivo de este artículo es abordar las formas en que un grupo de ocho hombres no heterosexuales entre 59 y 72 años de edad (homosexuales y gais), residentes de la ciudad de Mexicali, Baja California, México, visualizan y experimentan la vejez y algunos de los principales temas asociados a ella, como la jubilación y la seguridad económica, la salud, la dependencia, los cuidados, las relaciones amistosas y familiares; considerando, desde el paradigma del curso de vida, sus diferentes trayectorias familiares, educativas, laborales y sexuales, las cuales han estado marcadas por el ocultamiento y la censura de su orientación sexual, aun tomando en cuenta las coyunturas sociales y los cambios en las connotaciones sociales asociadas al hecho de tener una orientación sexual o una identidad de género no normativa a lo largo de su curso de vida.

*Palabras clave:* envejecimiento, vejez, disidencia sexual, experiencia, curso de vida.

## *Abstract*

The objective of this paper is to address the ways in which a group of eight non-heterosexual men between 59 and 72 years old (homosexuals and

\* Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, Universidad Autónoma de Baja California. Correo electrónico: [abraham.serrato@uabc.edu.mx].

gays), residents of the city of Mexicali, Baja California, Mexico, visualize and experience old age and some of the main issues associated with it such as retirement and economic security, health, dependency, care, friendly and family relations; considering, from the paradigm of life course, both their different family, educational, work and sexual trajectories; which have been marked by the concealment and censorship of their sexual orientation, even taking into account the social conjunctures and changes in social connotations associated with having a sexual orientation or a non-normative gender identity that occurred throughout their life course.

*Keywords:* aging, old age, sexual dissent, experience, life course.

## Introducción

El envejecimiento es entendido como un proceso continuo de cambios físicos, psicológicos y sociales por los que atraviesa una persona entre el momento de su nacimiento y el de su vejez y muerte; es entendido también como etapa del curso de vida posterior a la edad adulta y que termina con la muerte. Estas categorías son construidas y situadas sociohistóricamente, articulan tanto elementos biológicos como psicosociales, económicos, políticos y culturales; por su relevancia es importante reconocer la necesidad y la pertinencia de realizar una aproximación multidisciplinaria sobre las vejeces y el envejecimiento. Sin embargo, el abordaje desde diversas disciplinas o perspectivas produce a su vez una variedad de términos asociados a estas categorías, como personas mayores, personas adultas mayores, ancianidad, personas de la tercera edad, entre otras, dependiendo la disciplina o el enfoque desde el cual se esté observando el tema. Tal polisemia provoca que muchas veces no quede claro a qué se refieren y qué implicaciones tienen cada uno de estos términos, si señalan lo mismo o cuáles simplemente son eufemismos.

Por un lado, desde una perspectiva socioestructural y de política pública, podemos observar que en el caso de México, como el de muchos países latinoamericanos, el envejecimiento poblacional es una

tendencia demográfica que ha marcado el final del siglo xx y lo que va del siglo xxi. De acuerdo con un estudio coordinado por Bernardino Montoya, Pablo Jasso y Adán Barreto (2014), en nuestro país la población mayor a los 60 años alcanza más de 10% del total de la población, proyectan que para 2030 el porcentaje alcance 14.8% y para 2050 sobrepase 21%, producto de la articulación de cambios sociales, como la mejora en la alimentación y la medicina, el aumento en la esperanza de vida o la disminución en las tasas de natalidad (Montoya, Jasso y Barreto, 2014). Pero, por otro lado, si bien la conquista de una mayor esperanza de vida es leída como un logro del desarrollo económico, social, científico y tecnológico de las sociedades modernas, este envejecimiento poblacional también ha significado retos y conflictos para los sistemas de salud, de seguridad social, de empleo o para el desarrollo de políticas públicas, sobre todo para poblaciones como la nuestra, en la que estos sistemas se encuentran francamente sobrepasados por la demanda (Aguirre y Scavino, 2016).

De acuerdo con autores como Leticia Robles, Felipe Vázquez, Laureano Reyes e Imelda Orozco (2006), Mercedes Blanco (2011) o Aída Díaz-Tendero (2014), quienes siguen también la perspectiva socioestructural; la seguridad económica y la pobreza, junto con la salud, la dependencia, los cuidados, los entornos favorables y la competencia generada por los recursos sociales se han configurado como los principales temas de investigación sociodemográfica y epidemiológica respecto de las personas mayores de 60 años, las personas consideradas viejas. De manera general, las estadísticas provenientes del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), como la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de los años 2014 y 2016, la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) de 2018, o la Encuesta Nacional sobre Discriminación (Enadis) de 2017, muestran que un amplio sector de las personas llamadas “adultas mayores” en México se encuentran en situaciones de marginalidad laboral y económica, y que dependen económicamente de pocas fuentes de ingreso.

Si bien los estudios socioestructurales, por medio de abordajes macrosociales, sociodemográficos y epidemiológicos, son sumamente

importantes, ya que dan cuenta del panorama general sobre la situación de las personas viejas en México y son fuente fundamental para la generación de políticas públicas, también pueden invisibilizar la diversidad de experiencias de envejecimiento, incluso reproducir mitos y estereotipos negativos sobre la vejez. Por ello es necesario incorporar a las explicaciones macrosociales la visión de las propias personas que viven este proceso; utilizar una perspectiva más fenomenológica, simbólico-cultural, que nos permita aproximarnos a las personas que están detrás de estos conglomerados a través de su propio discurso, aquellas personas que experimentan y viven el envejecimiento y la vejez día a día, para comprender cómo se viven las condiciones socioestructurales, los sentimientos asociados a ello, los efectos en las relaciones interpersonales, las creencias, los imaginarios que van generando las personas (Osorio, 2006; Robles *et al.*, 2006).

Este estudio se alinea con una perspectiva sociosimbólica asociada al paradigma del curso de vida,<sup>1</sup> por lo tanto, se considera que, de acuerdo con la intersección de múltiples dimensiones —como el sexo, el género, la clase, el origen étnico, las condiciones de salud, el acceso a servicios y redes sociales de apoyo o la orientación sexual y la expresión de género, las coyunturas sociales y políticas—, el envejecimiento y la vejez en tanto construcciones sociales y biográficas pueden ser experimentadas y significadas de formas muy distintas. Gracias a estudios como los de Osorio (2006), Robles *et al.* (2006) o Aguirre y Scavino (2016), realizados a partir de este enfoque, sabemos

<sup>1</sup> De acuerdo con Blanco (2011) y Gastron y Oddone (2008), entre los principales precursores del paradigma del curso de vida podemos identificar a los estadounidenses Leonard Cain y a Glen Elder. Este enfoque surgió como una propuesta nutrida de aportes epistemológicos, teóricos y metodológicos de diferentes disciplinas: la sociología, la historia, la antropología, la psicología y la demografía. El eje de investigación del paradigma del curso de vida radica en analizar cómo los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales moldean o configuran tanto las vidas individuales como los agregados poblacionales, denominados cohortes o generaciones, reconociendo que los individuos no son entes pasivos, sino que hacen elecciones y llevan a cabo actividades, construyendo así su propio curso de vida. Los conceptos o ejes organizadores del análisis del curso de vida son: las trayectorias, las transiciones y los *turning points* o puntos de inflexión (Gastron y Oddone, 2008; Blanco, 2011; Giribuela, 2019).

que hay tensiones entre lo que la sociedad prescribe que es una persona vieja y lo que la persona vive y experimenta como vejez; que el envejecimiento no se vive de igual forma entre hombres y mujeres, entre personas que viven en un ámbito rural que en uno urbano, o entre personas que cuentan con prestaciones sociales como una pensión, jubilación, seguridad social y las que no cuentan con ello, entre quienes son migrantes y quienes no lo son. Sabemos también que existen múltiples matices y desigualdades en cuanto a la forma en que se viven temas que se vuelven fundamentales durante la etapa de la vejez, como la pobreza, la dependencia, el cuidado o los cambios de roles y estatus sociales (Osorio, 2006; Robles *et al.*, 2006; Aguirre y Scavino, 2016).

Si bien la generación de este tipo de estudios, de corte fenomenológico y sociosimbólico, han ayudado a matizar y complejizar la visión demográfica sobre el envejecimiento y la vejez (la cual muchas veces generaliza y asocia con la enfermedad, la pobreza o la dependencia), la mayoría de ellos parten de una aproximación que tiene un corte heteronormativo y que poco nos dice sobre la forma en que viven y experimentan el envejecimiento y la vejez las personas no heterosexuales y no cisgénero (travestis, transgénero y transexuales); cómo se perciben frente a las imágenes y definiciones socialmente construidas sobre el envejecimiento y la vejez; cómo son sus trayectorias biográficas; cómo han vivido su orientación sexual e identidad de género en un contexto marcado por la discriminación, la exclusión social y la legitimación de múltiples manifestaciones de violencia hacia las disidencias sexuales; cómo han experimentado el sistema económico, el mercado laboral y las políticas de seguridad social; cómo experimentan los temas relativos al cuidado o la dependencia. Este desconocimiento puede ser producto tanto de la invisibilización de la sexualidad, sobre todo de la no heterosexual, en esta etapa de la vida como de la reciente incorporación de la categoría de diversidad sexual en los estudios sobre vejez.

Aunque los estudios sobre vejez y diversidad sexual en Latinoamérica son relativamente recientes, en contextos como Estados Unidos se iniciaron desde finales de la década de 1970 al aborda el

envejecimiento de los llamados *baby boomers* (la generación nacida entre 1946 y 1964) por ser la primera cohorte en envejecer y alcanzar una vida avanzada como miembros relativamente identificados de una minoría sexual (De Vries, 2009). Entre los principales expositores de los estudios sociosimbólicos sobre vejez y diversidad sexual en Estados Unidos se encuentran Douglas Kimmel (1979), Robert Schope (2005), Brian de Vries (2006, 2007, 2009), De Vries *et al.* (2009), De Vries y David Megathlin (2009), De Vries y Gloria Gutman (2016) y Debra Harley y Pamela Teaster (2016). Sus estudios han abordado temas como los prejuicios negativos sobre la vejez de las personas gais, el estilo de vida de los hombres gais que envejecen, los efectos de ser gay en su experiencia de envejecimiento y los efectos del envejecimiento en el funcionamiento sexual, la vivienda, las relaciones amistosas y familiares, las pérdidas, los cuidados y las preparaciones para la muerte; así como la influencia del reconocimiento civil y jurídico de las relaciones entre personas del mismo sexo en la calidad de vida y los planes futuros de las personas gais y lesbianas mayores.

Dentro de Latinoamérica, países como Brasil, Argentina o Uruguay tienen una trayectoria, por lo menos durante la última década, de análisis cualitativos en relación con las experiencias de vejez y envejecimiento de la población LGBT,<sup>2</sup> así como en la intervención y generación de políticas públicas focalizadas en esta población. Particularmente, en Argentina encontramos los trabajos de Ernesto Meccia (2011, 2016), Fernando Rada Shultze (2017, 2018) y Walter Giribuela (2019). Estos estudios han hecho evidente que no sólo existen diferencias entre las experiencias de envejecimiento y vejez de las disidencias sexuales y las personas heterosexuales y cisgénero, sino también al interior de cada uno de las identidades del colectivo, es decir, se vive diferente el proceso de envejecimiento y la etapa de la vejez entre hombres no heterosexuales, entre mujeres lesbianas,

<sup>2</sup> Lesbianas, Gais, Bisexuales, Travestis, Transgénero, Transexuales. Utilizaré sólo una T para referirme a las identidades travestis, transgénero y transexuales, y no utilizaré la sigla I para la intersexualidad, ya que no he encontrado referencia a los estudios sobre la vejez y el envejecimiento de esta población.

entre hombres y mujeres trans (Rada Schultze, 2018), en especial al considerar que estos grupos son atravesados de formas muy particulares por cuestiones como la división sexual del trabajo, los roles y estereotipos de género, la violencia y discriminación hacia las orientaciones sexuales y las expresiones de género no normativas, así como la intersección de las categorías de clase, raza, origen étnico o migratorio. Partiendo del reconocimiento de dichas diferencias es que este estudio sólo se enfoca en el análisis de las experiencias de envejecimiento y vejez de hombres cisgénero no heterosexuales.

Siguiendo estos estudios sobre la diversidad de experiencias de envejecimiento y vejez de las disidencias sexuales podemos reconocer desde el enfoque del curso de vida, junto con autores como Paulina Osorio (2006) o Fernando Rada Schultze (2017), que las experiencias positivas y negativas que vivimos durante el transcurso de nuestra vida condicionan el modo de envejecer, en tanto fenómeno dinámico, y la vejez misma, en tanto etapa del ciclo vital; de esta forma cobra especial relevancia estudiar tanto las trayectorias de vida como los puntos de inflexión subjetivos, al respecto Osorio (2006) afirma:

Envejecemos de acuerdo con cómo hemos vivido, nos hacemos viejos y viejas, en el sentido de “hacerse a sí mismo” a lo largo de la vida, por lo tanto, aprehender el ciclo vital y sus cambios, sus significados y experiencia de vida cotidiana, nos lleva a la trayectoria biográfica de las personas que envejecen. La vejez es un estado, pero no deja de ser también un proceso que se extiende cada vez más (2006:3).

Asimismo, Osorio (2006) señala que el enfoque biográfico aporta una visión amplia frente a la construcción social del envejecimiento y la vejez, centrando su interés en el significado atribuido a la vida cotidiana de las personas mayores y a la construcción social del envejecimiento y la vejez a partir de la relación cargada de sentidos y significados entre el individuo que envejece y su interacción constante con su cambiante contexto.

## Los relatos de vida y el análisis de la experiencia de envejecimiento

Autores como Jorge Balán y Elizabeth Jelin (1979), Lutz Niethammer (1989), Cristina Santamarina y José Marinas (1995), Daniel Bertaux (2005), Paulina Osorio (2006), Ernesto Meccia (2011) o Paula Ripamonti (2017) consideran que los relatos de vida permiten recuperar los recursos semánticos con los cuales los actores reconstruyen desde el presente sus vidas, y al mismo tiempo permiten aproximarse a los distintos entornos que la circunvalaron, a la vida colectiva, marcada por las regulaciones de las instituciones sociales y el sistema social general, a una historia de la vida cotidiana a la que sería muy difícil aproximarse por otros medios, ya que no se cuenta con un registro de hechos, y menos con un relato “objetivo” de una biografía que dé cuenta exhaustiva del proceso de envejecimiento y de la construcción constante de la identidad de ser un hombre mayor no heterosexual. “Las narrativas (o los ‘relatos de vida’) no son la crónica de los hechos; son construcciones de carácter indicial que posibilitan apreciar cómo, en un determinado momento del devenir biográfico, las personas se narran a sí mismas, a sus semejantes y a sus entornos sociales más o menos lejanos” (Meccia, 2015:15).

En este sentido, una de las mayores potencialidades de trabajar con relatos de vida es que permiten analizar una realidad social más amplia a partir de los recursos semánticos de los participantes, transitando desde la experiencia individual más subjetiva hasta la vida colectiva, marcada por las regulaciones de las instituciones sociales, del sistema económico, la cultura y el sistema social general. Al retomar estas consideraciones sobre los relatos de vida es que yo los consideraré, junto con la observación, como el insumo fundamental para aproximarme a la experiencia de los participantes de mi investigación.

Para hacer contacto con los participantes, en todos los casos necesité del apoyo de una tercera persona, quien, al contar con su confianza, les pidió que participaran en mi investigación o que por lo menos me escucharan y lo consideraran, lo que condujo a realizar un muestreo teórico basado en contactos “puente” (Randall, 1992);

busqué acercarme a hombres diversos entre sí, sobre todo de distintas clases sociales, considerando la clase en términos bourdieurianos (Bourdieu, 2001) (como la articulación de capitales económicos, simbólicos, culturales y sociales). En el transcurso de los primeros meses de 2020, me dediqué tanto a concertar y realizar presencialmente entrevistas biográficas, así como a dar continuidad a una serie de observaciones en espacios físicos (en bares como el llamado “La Linterna”, ubicado en el centro histórico de Mexicali y al que algunos de ellos acuden asiduamente) y virtuales (en las aplicaciones de ligue como *Grindr*) que había iniciado desde 2018.

La entrevista biográfica fue la principal técnica de investigación que utilicé para recuperar los relatos de vida de los participantes de mi proyecto de investigación. De acuerdo con Antonio Bolívar, Jesús Domingo y Manuel Fernández (2001), aunque se pueden utilizar otras técnicas complementarias, “dentro de los diversos instrumentos interactivos a emplear en la investigación biográfica, la entrevista –en sus diversas variantes y posibles formatos– es la base de la metodología biográfica” (2001:156). Entre el 5 de febrero y el 19 de marzo de 2020 realicé una serie de entrevistas biográficas a los ocho hombres entre 59 y 72 años que participaron de la investigación, a lo largo de las entrevistas y de la narración sobre su curso de vida ellos se identificaron como no heterosexuales, homosexuales, “discretos”<sup>3</sup> e incluso, por algunos momentos, también como gais,<sup>4</sup> residían y ha-

<sup>3</sup> A partir del análisis de los relatos de los participantes de esta investigación, comprendo la discreción como la articulación de una serie de estrategias discursivas y pragmáticas como el ocultamiento o no nombramiento de la orientación sexual homosexual, la separación de escenarios donde se puede hacer visible o no la orientación sexual homosexual, el control de las expresiones de género que pudieran vincular al sujeto con la feminidad y, en este sentido, con las orientaciones sexuales y las identidades estigmatizadas asociadas a ella, así como el tratar de apegarse a los comportamientos asociados contextualmente al binomio masculinidad-heterosexualidad.

<sup>4</sup> Aunque la mayoría de los participantes de esta investigación sí se nombraron a sí mismos como gais, en algún momento de su entrevista, su identidad no necesariamente coincide con la identidad homosexual o gay norteamericana o europea, pues se nombran así porque ese concepto les brinda la posibilidad de hacerlo desde un término que se separa de las connotaciones negativas de los conceptos utilizados durante las primeras etapas de su curso de vida (y que se siguen utilizando) (Laguarda, 2007), pero no necesariamente porque

bían vivido la mayor parte de su vida en Mexicali. Al inicio de la búsqueda de participantes tomé como punto de referencia el contactar a hombres que fueran mayores de 55 años, siguiendo las experiencias de las primeras investigaciones realizadas en Estados Unidos en materia de envejecimiento y diversidad sexual y que utilizaron esta edad como punto de referencia; asimismo, al considerar los principios de la perspectiva del curso de vida que toman más en cuenta la edad social y los marcadores construidos socialmente en torno a las etapas de vida, sobre la edad cronológica o los marcadores impuestos desde instancias gubernamentales (Kimmel, 1979; Schope, 2005; De Vries, 2006, 2007, 2009; De Vries y Megathlin, 2009; De Vries y Gutman, 2016; De Vries *et al.*, 2009).

De estos ocho participantes dos habían recibido formación como médicos, dos como profesores, uno era expleado administrativo de una universidad de la ciudad, otro empleado de una cadena de supermercados y estudiante de la licenciatura en psicología, uno más era ingeniero industrial, jubilado de la industria maquiladora, quien al momento de la entrevista trabajaba como empleado en un ciber en el centro cívico de la ciudad (el que además funciona como sitio de encuentro con fines sexuales entre hombres), y el último de ellos era trabajador en el comercio informal y antes campesino y obrero en el sector industrial.

Al contactar a los participantes, primero procuré tener una charla informal para platicarles sobre mi proyecto de investigación, los objetivos y alcances del mismo, y posteriormente dar inicio a las entrevistas si decidían participar. Durante la charla inicial fue muy importante reiterarles el principio de confidencialidad de la investigación, ya que para la mayoría de los participantes, que seguían sin hacer pública su orientación sexual, el que se pudieran exponer sus

---

busquen reivindicar públicamente su homosexualidad, ni el reconocimiento de derechos civiles y políticos, lo que configura la esencia de la dimensión política de la identidad gay, por lo que serían más bien “gais discretos”, una categoría un tanto contradictoria respecto de dicha esencia de la identidad gay, y, aunque los participantes no se nombraron explícitamente de esa forma (sino solamente como gays, homosexuales o “discretos” por separado), sí es una categoría de uso común entre la población homosexual en México.

nombres o los de las personas que ellos nombraran a lo largo de su relato, o el que alguien pudiera escuchar su entrevista, era tal vez su mayor preocupación o razón para resistirse a participar; por esta misma preocupación algunos prefirieron que las entrevistas se realizaran en mi domicilio, donde yo vivía solo, así nadie podría relacionarlos conmigo o con mi investigación; procurando que se sintieran más tranquilos, les aseguré que sólo yo escucharía las entrevistas para transcribirlas y que cuando lo hiciera sus nombres y los de todas las personas que ellos mencionaran serían cambiados por pseudónimos.

En este sentido, el consentimiento informado por parte de los participantes para formar parte del proyecto de investigación se obtuvo únicamente de forma oral y no realicé ningún documento escrito para establecerlo, ya que consideré que esto podría cohibir su participación al sentirse en riesgo de ser expuestos al firmar un documento. Además, como les aseguré, tanto los nombres de los participantes como los de todas las personas referidas en sus testimonios fueron cambiados por pseudónimos.

Detuve la búsqueda de nuevas entrevistas cuando inició la Jornada Nacional de Sana Distancia destinada a la contención de la pandemia por coronavirus o Covid-19; dicha jornada estableció medidas como el confinamiento domiciliario y la limitación de actividades de contacto social cara a cara, sobre todo con grupos vulnerables por sus condiciones físicas o de salud, entre ellos las personas mayores de 60 años. Esto impidió que pudiera seguir concertando y realizando más entrevistas en persona, pero también me permitió revisar la información que ya había obtenido, tomar consciencia de la gran cantidad de información que ya había recabado y percatarme de que probablemente ya había alcanzado el punto de saturación.

Después de haber transcrito las entrevistas en el procesador de textos de Word, para realizar el análisis sociosimbólico sobre el curso de vida de los participantes seguí la propuesta planteada por Agnes Hankis (1981), Santamarina y Marinas (1995), Bertaux (1999) y Meccia (2019) esto con la ayuda del programa informático MaxQda para el análisis de datos cualitativos; estos autores proponen la articulación de tres métodos de análisis: temático, estructural e

interactivo, entendidos como perspectivas sobre la relación entre producción, dimensiones y recepción de los relatos.

En primer lugar, mediante el análisis temático me fue posible registrar lo dicho en las narrativas y categorizarlas por los temas que las conforman; en este sentido, a partir de la redacción y el análisis de las notas de campo, busqué realizar una tematización deductiva (construida a partir del marco teórico, preguntas y objetivos de investigación) e inductiva (construida mediante los propios temas emergentes dentro de las entrevistas) de la información brindada por los participantes (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001; Meccia, 2019). El análisis estructural me permitió organizar los componentes de las narrativas según un modelo más hermenéutico para realizar una revisión con mayor profundidad, que se enfocó más en el “cómo” se dicen las cosas que en “lo que se dice” a secas. Con este enfoque busqué llegar a los sentidos más “ocultos” de la narrativa personal (Santamarina y Marinas, 1995; Meccia, 2019; Torbenfeldt y Andersen, 2020). Finalmente, el análisis interactivo me permitió articular a las dimensiones temática y estructural los elementos observados durante la producción de las narrativas que conformaron los relatos, la interacción entre los narradores y las personas a quienes dirigieron sus relatos: a mí, como el entrevistador, otros significantes y audiencias; dimensión de análisis en la que también jugaron un papel fundamental las notas de campo redactadas sobre el proceso de contacto y la dinámica desarrollada durante la ejecución de las entrevistas (Santamarina y Marinas, 1995; Meccia, 2019).

A partir del análisis temático, estructural e interactivo de los relatos de vida, busqué entender tanto el proceso de envejecimiento como las condiciones en las cuales los participantes experimentaban su aproximación a la etapa de la vejez, siendo precisamente el objetivo de los siguientes apartados abordar los imaginarios y las experiencias que los participantes expresaron respecto de esa etapa y algunos de los principales temas asociados a ella, como la salud, la dependencia, el acceso a prestaciones sociales o el cuidado.

## **“Yo no me siento viejo porque gracias a Dios todavía puedo moverme”: el viejismo y la construcción de la subjetividad**

Al abordar el tema de la vejez como etapa dentro del curso de vida, un primer elemento explorado durante las entrevistas biográficas realizadas a los participantes fue su percepción sobre esa etapa y si ellos se consideraban a sí mismos como viejos, encontrándome, prácticamente de forma unánime, con una imagen negativa respecto de la vejez, asociada a prejuicios y estereotipos estigmatizantes y patologizantes, tratada como una etapa marcada por la enfermedad, la discapacidad, la dependencia, la soledad o la pobreza; situaciones en las que ellos consideraron no encontrarse y de las que buscaban distanciarse, pues se consideraron personas llenas de energía, saludables e independientes; todo lo opuesto a la imagen que tenían de la vejez.

Por ejemplo, al cuestionar a Fernando al respecto, señala que él no se identifica como viejo porque sigue siendo saludable, activo e independiente; él asocia la vejez con sus opuestos, es decir, con la enfermedad, la discapacidad y la dependencia, y, hasta que él no se encuentre en alguna de esas situaciones, seguirá sin identificarse como viejo.

Fernando: Yo no me siento viejo porque gracias a Dios todavía puedo moverme, todavía puedo valerme por mí mismo, el día que no pueda valerme por mí mismo voy a decir ya estoy viejo.

Abraham: ¿Qué piensas cuando escuchas la palabra vejez?

Fernando: Pues se ve una persona grande, que está en silla de ruedas, que tienes que depender de alguien, para mí eso ya es la vejez, pero una persona que todavía está activa, o por lo menos yo no me siento... [66 años, ingeniero industrial jubilado, empleado de ciber, entrevista personal, 19 de marzo de 2020].<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Dando seguimiento al acuerdo de confidencialidad pactado oralmente con los participantes de esta investigación durante la realización de las entrevistas, todos sus nombres y los de las personas a las que ellos hicieron referencia fueron cambiados por pseudónimos en todos los extractos de sus testimonios.

En este sentido, fue posible identificar en los relatos de los participantes la prevalencia de un discurso sobre la vejez marcado por el viejismo. De acuerdo con Rada Schultze (2018), el *viejismo* refiere un conjunto de prenociones estigmatizadoras que recaen sobre la vejez y el sujeto envejecido; consiste en una generalización de rasgos que presentan a la vejez como una etapa de la vida plagada de limitaciones e imposibilidades físicas, motrices, intelectuales y sociales; dichos prejuicios y estereotipos impactan de tal forma en la subjetividad que incluso las personas viejas ven la vejez como una etapa no deseable de su devenir y de la cual buscan distanciarse.

Considero que es importante reflexionar sobre las dinámicas socioculturales que sostienen la construcción de dichas prenociones, como las imágenes transmitidas por los medios de comunicación, las dinámicas del sistema capitalista y su vínculo con las lógicas del mercado de trabajo y las políticas públicas orientadas a esta población, incluso los discursos científicos que han abonado en su configuración.

Ante la presencia de estos imaginarios negativos sobre la vejez, destacaron discursos y prácticas que los participantes utilizaban para distanciarse de ellos, sobresaliendo la búsqueda de vinculación con marcadores sociales asociados al opuesto de la vejez: la juventud, mediante algunos actitudinales, como el dinamismo o la autonomía, también por medio del consumo y la apariencia, como el uso de ropa, un corte de cabello “juvenil” o el uso de distintos productos y servicios destinados a retardar u ocultar los signos de la edad vinculados a la vejez, como las arrugas o las canas.

Fernando: No, no [me siento viejo], me gusta bailar, me gusta cortarme el pelo de rayita, me gusta pintarme el bigote, traer *shorts*, traer tenis Nike y todo [se ríe], digo yo no me siento a mi edad, para empezar... [66 años, profesionista jubilado, empleado de ciber, entrevista personal, 19 de marzo de 2020].

Esta dimensión de análisis me permitió observar cómo los participantes se encuentran en un espacio de negociación entre los marca-

dores biológicos sociales, culturales y políticos asociados a la vejez y la construcción de su propia subjetividad; reconocen algunos cambios físicos, algunas transiciones como la jubilación o el reconocimiento del Estado como adultos mayores que los harían “ser viejos” y ser vistos por los otros como tales, pero al mismo tiempo resistiéndose o distanciándose de los discursos viejistas que asocian la vejez con significados negativos, sobre todo con problemáticas de salud, con la dependencia o la discapacidad; problemáticas que ellos no vivían y de las que buscaban activamente alejarse, por lo que consideraban no sentirse viejos. Reconocen o construyen, en este sentido, una brecha entre el “ser” o “estar” dentro de esta etapa y el “sentirse” dentro de ella, considerando así que, aun cuando normativamente ya pudieran ser vistos como viejos, ellos no se sentían como tales.

Para abonar al análisis de esta negociación entre el “ser” y el “sentirse” viejos, me parece pertinente considerar la forma en que el sistema de género se entrecruza con las dimensiones ya señaladas en la generación de los discursos viejistas y las dinámicas de distanciamiento que los participantes compartieron, lo que nos permite no sólo hacer evidente la ya conocida experiencia diferenciada entre el ser reconocido como un hombre viejo o como una mujer vieja en nuestra cultura, pues, ya que la construcción del modelo de masculinidad hegemónica depende en gran medida de poseer características como la fuerza, el ser proveedores e independientes, el perderlas o verlas disminuidas al ser señalado como viejo también tiene implicaciones mayores en la construcción identitaria como hombre, tanto frente a las mujeres como frente a otros hombres, de la misma y de otras generaciones, de la misma y de otras identidades de género y orientaciones sexuales; sino también, ante esa dinámica, habría que considerar que entre las características que han configurado la identidad gay y las interacciones entre los hombres que tienen sexo con hombres en las sociedades occidentalizadas está la juventud, y con ella la fuerza, la salud, el consumo y la belleza juegan un papel primordial (G. Aguiar, 1998; List, 2018; Martel, 2013; Zarur, 2011). La poca visibilidad de las personas mayores dentro de las manifestaciones y demandas del movimiento gay, así como en los lugares de encuentro

físicos y virtuales, sobre todo en ciudades y pueblos pequeños, hace evidente que también la vejez entre la población gay, cuando no es fetichizada, tiene una connotación no sólo negativa, sino que es muchas veces ignorada o anulada.

Cabría entonces preguntarnos: ¿podríamos sentirnos viejos sin que eso esté asociado a significados negativos?, ¿podemos sentirnos viejos y al mismo tiempo activos, saludables e independientes?, o como mencionaba uno de los participantes: mientras sigamos siendo saludables o consumiendo los productos que el mercado etiqueta como destinados a los jóvenes o con el poder de brindarnos “eterna juventud”, ¿podremos seguir resistiéndonos a ser reconocidos y a sentirnos viejos?

Me parece que los testimonios de los participantes de esta investigación permiten vislumbrar la complejidad detrás de los discursos viejistas, y para hacerles frente se requieren cambios estructurales profundos a nivel económico, político, científico y cultural que permitan, a la par que la esperanza de vida sigue aumentando y que se sigue invirtiendo la pirámide poblacional, resignificar no sólo lo que representa ser y nombrarse como viejo o vieja, sino también lo que significa hacerlo como hombre o como mujer, y también el hacerlo como heterosexual o (por lo menos en el caso de los hombres) como gay, pues tal parece que, hasta la fecha, tanto el ser hombre como el ser gay se han vinculado directa y restrictivamente con el ser jóvenes, eternamente jóvenes.

### **“Yo quiero acabar en las mejores condiciones posibles”: la relevancia del cuidado de la salud**

Derivado de la imperante imagen negativa respecto de la vejez, que la asocia con la enfermedad, la discapacidad y la dependencia, y de la conciencia de su cercanía con esta etapa, todos los participantes manifestaron realizar prácticas de cuidado de la salud: su alimentación, hacer ejercicio o hacerse estudios médicos para monitorear su estado de salud periódicamente para seguir teniendo una vida activa,

seguir siendo autónomos e independientes; de alguna forma para no sentirse viejos, o por lo menos para envejecer de la forma más activa y saludable posible, y evitar o postergar al máximo situaciones de dependencia en términos físicos o económicos, así como enfermedades incapacitantes y degenerativas que impliquen sufrimiento o dolor prolongado.

Algunos han construido estos hábitos de cuidado de la salud a raíz de un problema previo, de la identificación de factores de riesgo por su estilo de vida o por cuestiones hereditarias, aunque también, como en el caso de Jaime, por la conciencia y el imaginario de que conforme avanza la edad los riesgos de salud pueden aumentar; otros lo identifican como un hábito desde etapas tempranas de su curso de vida; en todos los casos hay una preocupación de cuidar al máximo su salud en esta etapa.

Además del cuidado en la alimentación y la realización de actividad física cotidianamente, una práctica más que han incorporado o reforzado los participantes durante los últimos años ha sido el monitoreo de su estado de salud con la realización de estudios que les permitan tener un seguimiento más pormenorizado, sobre todo en el caso de quienes tienen o están en riesgo de adquirir alguna enfermedad crónica. Así relata Ricardo su experiencia:

Ricardo: Entonces vas notando cómo hay cosas que ya no puedes hacer, yo lo que hago es, a lo mejor enfado a los médicos, pero yo fui el año pasado, “hazme un electrocardiograma”, le dije al doctor, “vea cómo estoy”, “no tienes nada, estás muy bien”, ok, “¿la presión?”, “está controlada”, pues que la próstata y todo eso, son males que van a ir apareciendo [72 años, especialista médico jubilado, entrevista personal, 4 de marzo de 2020].

Este hallazgo no es para nada menor, sobre todo al contrastarlo con diversos estudios en torno a las masculinidades, como los de Benno de Keijzer (1997), Rocco Capraro (2000), Juan Guillermo Figueroa y Natalia Flores (2007), y Eloy Rivas (2005), quienes han señalado que en la construcción de las identidades masculinas existe,

en general, tanto un distanciamiento de las prácticas de cuidado del cuerpo y la salud como una normalización de actividades y conductas que pudieran poner su integridad física y emocional en riesgo. En este sentido, si bien el cuidado de la salud podría considerarse simplemente como una buena práctica esperada dentro de la población de su generación, podría también estar vinculada profundamente con cuestiones de género y sexualidad, pues algunos participantes, sobre todo los que no tuvieron hijos, consideraron que, a diferencia de sus pares heterosexuales que podrían confiar que sus hijos o hijas los cuidarán en una situación de enfermedad o dependencia, ellos no contarán con este apoyo, lo cual los puede llevar a extremar el cuidado de su salud y evitar lo más posible las situaciones de dependencia; también nos muestran algo sencillo, pero que es trascendental ante el modelo de masculinidad hegemónica: los hombres pueden cuidarse a sí mismos, cuidar de su salud física y mental, y no tienen que depender de las mujeres a su alrededor, de sus hijas o esposas para conservar su salud o recibir cuidados en caso de enfermedad.

**“No hay que pensar en eso, ¿para qué te mortificas si no tienes nada?”: consideraciones respecto de la dependencia y los cuidados**

Uno de los primeros hallazgos al abordar el tema de los cuidados durante las entrevistas fue que al considerarse personas saludables, en general, ven esta situación tan lejana y ajena a ellos que pocos han previsto redes de apoyo o planes de acción en caso de llegar a encontrarse en una situación de enfermedad que pudiera requerir cuidados, particularmente en los casos de David, Fernando, José y Ricardo se hizo evidente la resistencia a pensar en el tema.

Si bien algunos de los principales expositores de los estudios socio-simbólicos sobre vejez y diversidad sexual en Estados Unidos, como Kimmel (1979), Schope (2005), De Vries, (2006, 2007, 2009), De Vries *et al.* (2009), De Vries y Megathlin (2009), De Vries y Gutman (2016) y Harley y Teaster (2016), han abordado temas como los

cuidados e identificado la generación de iniciativas como el establecimiento de viviendas compartidas, ya sea con un enfoque LGBT o hacer de los hogares compartidos ya existentes amigables para la población LGBT, además de resaltar el papel que juegan los amigos o las familias elegidas como fuente de soporte, cuidado y contención en esta etapa; para la mayoría de los participantes de esta investigación, cuando consideraron la posibilidad de recibir cuidados la primera opción que contemplaron no fueron los amigos o la familia elegida, tampoco algún hogar compartido y mucho menos una pareja, sino su familia de origen, principalmente sus hermanas, con quienes han construido relaciones de apoyo mutuo más sólidas, y quienes, en tanto mujeres, culturalmente han sido asignadas a las labores de cuidado y atención al interior de los grupos familiares.

En este sentido, Carlos, David, Fernando y Óscar ven en su familia de origen, principalmente en sus hermanas, la primera red de apoyo en caso de requerir cuidados, aun cuando éstas vivan en otras ciudades, como en los casos de Carlos o Fernando.

Abraham: Digamos, en caso de que te enfermaras de algo, ¿quién te atendería?

Fernando: Nadie, pero la única que me atendería y yo sé que sí va a poder, posiblemente mi hermana de allá de Sacramento [California], porque la de aquí, ella ya no puede porque a ella la operaron hace tres años del cerebro... Nada más mi hermana, la de Sacramento, de las que yo siento, ella, es la única, porque de ahí en fuera..., primos no, tíos no tengo ya, ya se murieron, imagínate si yo estoy viejito ahora mis tíos, no tengo, así parientes no, mi hermano no creo... [66 años, ingeniero industrial jubilado, empleado de ciber, entrevista personal, 19 de marzo de 2020].

Me parece que esta postura se vincula con su trayectoria familiar, en la que resaltaron los lazos afectivos más cercanos con las figuras femeninas en la familia, principalmente con su madre y hermanas (sobre todo cuando se tuvo una expresión de género considerada femenina o hubo una mayor visibilidad de su orientación sexual, lo

que en general se vinculó con relaciones más distantes con sus padres y hermanos varones), además de la delegación de los roles de cuidado y atención de las personas dependientes en las mujeres y figuras femeninas dentro de las familias.

Si bien la mayoría de los participantes pensaron en la familia de origen (y únicamente Javier en su mejor amigo gay) como la primera red de apoyo en caso de llegar a una situación de dependencia o enfermedad que requiriera en cierto grado de los cuidados de otra persona, Gerardo reconoce que una buena situación económica puede abrir la posibilidad de otras opciones, como recibir cuidados en el sector privado, también para recibir compañía y sexo, considerando que lo peor que le puede pasar a un gay es ser “viejo y pobre”, pues eso dificultaría el acceso tanto a cuidados de calidad como a compañeros sexuales.

Gerardo: Yo siempre he pagado, desde hace muchos años, más de veinte años, un seguro de gastos médicos mayores, pensando precisamente en mi vejez, de que yo no quiero ir..., porque yo soy médico y yo me di cuenta cómo es la medicina en las instituciones públicas, de salud pública, allí experimentan con la gente y les vale madre la gente, cosa que no pasa en la medicina particular, porque saben que ahí es otra cosa, entonces todavía lo sigo conservando, que ahorita está altísimo por la edad, pero lo sigo conservando, y va a ser lo único yo creo que conserve hasta que me muera... no pensé en una vejez incapacitante, pero sí pensé en que cuando fuera mayor ¿qué iba a pasar?, entonces yo creo que sí, tener una casa, tener cierta seguridad económica, porque tengo un amigo que siempre dice: “lo peor que le puede pasar a una gente gay es ser viejito y no tener dinero, cuando tienes dinero puedes tener sexo y puedes tener quién te cuide, si no tienes dinero ya valiste madre”, y yo tengo tan presentes las palabras de este amigo que es más grande que yo, y es que es cierto, dice “lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”, es la verdad, teniendo dinero no te tienes que preocupar, porque puedes tener sexo y puedes tener compañía.

Abraham: Y puedes atender tus enfermedades.

Gerardo: Y te puedes atender tus enfermedades, y pagar a alguien que te cuide, que esté en tu casa y todo, por interés o por lo que sea,

pero vas a tener a alguien [63 años, médico, funcionario público, entrevista personal, 24 de febrero de 2020].

A la luz de las correlaciones entre los relatos y las posturas de los participantes y los discursos sobre esos “otros” no entrevistados, “los obvios”, “las locas”, los afeminados, es que cobra especial relevancia y sentido la expresión “lo peor que le puede pasar a un gay es ser viejo y pobre”, pues se relaciona con el vínculo que en su experiencia tuvieron las trayectorias educativa y laboral con la expresión de género y el ocultamiento de su orientación sexual; ellos mencionaron en distintas ocasiones que parte del éxito de su trayectoria laboral, que les dio en la mayoría de los casos una estabilidad financiera a través de un trabajo como profesionistas (el cual derivó a su vez en el acceso a una pensión por jubilación), se vinculó con su expresión de género, con “ser discretos” respecto de su orientación sexual y comportarse “masculinos”, que el ser “obvios”, el ser afeminados, en su juventud significaba una sentencia de exclusión social, de segregación de espacios educativos y de empleos formales, que les llevaría a la prostitución, a trabajos precarizados, a la violencia, a terminar viejos y pobres o ni siquiera llegar a la vejez.

El objetivo del siguiente apartado precisamente busca profundizar en las condiciones económicas de los participantes al momento de ser entrevistados, así como en sus expectativas y experiencias en torno a la jubilación y las prestaciones sociales asociadas a la misma; situaciones marcadas por evidentes brechas construidas a través de las trayectorias académicas y laborales de los participantes (como ya señalaba, por lo menos una parte del éxito dentro de dichas trayectorias se vinculó con el ocultamiento de su disidencia sexual), lo que dio como resultado que para unos signifique una etapa en la que pueden dedicarse a sí mismos, al cuidado de su salud y el desarrollo personal, mientras que para otros apenas signifique un apoyo económico para lograr cubrir sus necesidades básicas.

### **“De perdida para pagar la luz”: expectativas y experiencias en torno a la jubilación**

Partiendo del paradigma del curso de vida, la jubilación puede ser considerada una transición esperada, incluso normativa, en las sociedades modernas e industrializadas, y que socialmente se ha utilizado como un marcador social asociado al inicio de la etapa de la vejez, incluso como sinónimo de “hacerse viejo”, sin embargo, este vínculo paulatinamente se ha ido derribando, para muestra basta ver la experiencia de los participantes de esta investigación, quienes a pesar de ya estar jubilados o dentro de su último año laboral, ninguno se consideró viejo, ni consideraron la jubilación como algo que automáticamente los “convierta en viejos”, mucho menos que los hiciera “sentirse viejos”.

La jubilación implica la conclusión de la trayectoria laboral, por lo menos en el sector formal (ya sea en un organismo público o privado), tras haber cumplido con la edad o los años de trabajo establecidos por ley, o por estar incapacitado para seguir trabajando, y transitar a una etapa en la que ya no se participa dentro del empleo formal y que, si se trabajó dentro de este sector, está acompañada por la protección del Estado mediante una pensión económica, así como por otras prestaciones del sistema de seguridad social, como el acceso a servicios de salud o de vivienda; prestaciones cuyas características y alcances dependerán de los montos económicos aportados por el mismo trabajador, el empleador y el gobierno en una medida proporcional establecida a partir del sueldo del trabajador a lo largo de su trayectoria laboral, es decir, a un trabajo con salario mayor, corresponde una aportación mayor y, después de la jubilación, una pensión más alta (Villagómez y Hernández, 2010; Ramírez, 2017).

Particularmente en el caso mexicano, de acuerdo con Díaz-Tendero (2014) el estado social mexicano se caracteriza por ser un estado de bienestar de tipo periférico que se integra por dos sistemas paralelos: “la seguridad social para los sectores formales y la asistencia social para los sectores informales y más vulnerables” (2014:17), esto ha significado dividir el conjunto de la ciudadanía en derechohabientes

y no derechohabientes, siendo los primeros los únicos con derecho a una pensión que integre la contribución del empleador y del gobierno, dejando a los no derechohabientes sin mayor derecho que el de la asistencia social.<sup>6</sup> En este sentido, estudios como los de Merino y Elvira (2011) apuntan que aquellos individuos con un empleo formal, con suficientes ingresos y con problemas de salud, tenderán a jubilarse antes que aquellas otras personas que no tienen un empleo formal, que no tienen suficientes ingresos y gozan de buena salud, pues los primeros estarán respaldados por una pensión y los segundos dependerán totalmente de sus ahorros, redes de apoyo o de la asistencia social, tengan buena salud o no. De ahí la trascendencia de analizar la trayectoria laboral y su implicación dentro de las condiciones de jubilación en un estudio que busca comprender las experiencias asociadas a la vejez y el envejecimiento.

En primer lugar, es posible identificar dos elementos en común entre los entrevistados, el primero es que todos pudieron participar en empleos dentro del sector formal que les permitieron acceder a la seguridad social, a servicios públicos de salud y en algún momento al apoyo para adquirir una vivienda, y después de su jubilación a una pensión económica (obviamente, con grandes brechas en los montos en las prestaciones de vivienda y de las pensiones entre uno y otro); el segundo elemento es la visión de la jubilación de forma positiva, como una transición deseada, tanto para quienes ya se jubilaron como para quienes se encuentran en proceso de hacerlo; incluso algunos de ellos la contemplan como uno de los hitos más cercanos en su biografía que les ha permitido o les permitirá, por ejemplo, mejorar su calidad de vida e iniciar nuevos proyectos personales y profesionales.

<sup>6</sup> De acuerdo con información de la página de internet del Inegi, a partir del Censo de Población y Vivienda de 2020, actualmente por lo menos una cuarta parte de la población total en México no se encuentra afiliada a ningún servicio de salud, mientras que, de acuerdo con los indicadores de la Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social 2013, sólo 4 346 973 personas se encontraban pensionadas frente a las 83 777 384 no pensionadas en similar condición de pensión, debido a la invalidez por riesgos de trabajo, el deceso del trabajador, o bien se hubiere llegado a la edad de retiro de la vejez (Inegi, 2014).

Gerardo, Jaime y David fueron los participantes que al momento de ser entrevistados aún no se jubilaban, pero los tres estaban esperando ya ese momento; de acuerdo con sus particulares trayectorias educativas y laborales, sus puntos de inflexión, así como sus condiciones de vida y de salud, sus bienes acumulados, las condiciones de su jubilación y expectativas de la misma, presentaban matices muy particulares.

En cuanto a Ricardo, Óscar, José, Fernando y Carlos, los participantes que ya se encontraban jubilados al momento de entrevistarlos, los cinco vivieron esa transición de manera positiva y consideraron que ya era muy esperada cuando sucedió; Ricardo, José, Fernando y Carlos se jubilaron por edad, es decir, al cumplir 60 años, mientras que Óscar por años trabajados, lo que le permitió jubilarse antes de alcanzar la edad establecida por ley.

Para empezar, quienes se jubilaron por edad, José como empleado administrativo de una universidad privada de la ciudad (después de haber ejercido otros trabajos en el sector formal, como obrero en la maquila, también siendo docente y administrativo), y Ricardo después de una larga trayectoria como especialista médico en el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), ambos recordaron haber atravesado por problemas de salud mental previos a su jubilación, vinculados tal vez con el desgaste laboral, pues después de jubilarse estos problemas desaparecieron y abandonaron la medicación. Otro tema asociado a la jubilación para los participantes ya jubilados que trabajaron como profesionistas fue la brecha tecnológica, en particular para Ricardo y Óscar.

Al igual que Ricardo, Óscar y José decidieron no seguir trabajando después jubilarse y dedicar el tiempo a sí mismos; sus pensiones y prestaciones sociales asociadas a la jubilación son buenas y se los permite, sobre todo en el caso de Óscar, quien se jubiló con un cargo directivo y acostumbra viajar frecuentemente; en el caso de José, que tuvo un trabajo con menor jerarquía e ingresos, en ocasiones sí llega a verse un tanto limitado económicamente, pero en esos casos cuenta con el apoyo económico de sus hijas.

Fernando desarrolló la mayor parte de su trayectoria laboral como ingeniero industrial dentro de la industria maquiladora, fue un tipo de trabajo que a la larga lo desgastó, por lo que su jubilación fue un evento positivo en su vida. Aunque su pensión y prestaciones sociales, junto con la renta de su casa, le podrían permitir dejar de trabajar y dedicarse a sí mismo, a diferencia de José, Óscar y Ricardo, él ha decidido seguir trabajando, sobre todo para mantenerse ocupado y activo, pero en un ramo distinto y mucho más tranquilo; en este sentido, más allá de una necesidad económica, el trabajo le permite cubrir otro tipo de necesidades de orden simbólico.

Por último, las condiciones de jubilación de Carlos distan mucho de las de los demás participantes, ya que él trabajó parte de su trayectoria laboral como campesino y en trabajos en el sector informal (que no le brindaban acceso a la seguridad social), su limitada trayectoria educativa influyó en que, cuando logró integrarse al sector formal, sólo pudiera acceder a trabajos poco remunerados, además cambió de trabajo muchas veces; logró jubilarse en 2019 gracias a la ayuda de una de sus hermanas que lo registró como su trabajador para que pudiera completar el tiempo de trabajo establecido por la ley. A pesar de que el monto de su pensión no es muy alto (tal vez sea el más bajo entre todos los participantes), significa un gran apoyo para él, ya que su ingreso depende del comercio informal, y, en temporada de verano en Mexicali, esto podría poner en riesgo que pudiera pagar incluso servicios básicos, como la electricidad. Definitivamente, para él dejar de trabajar no era una opción, aunque después de jubilarse sólo pudiera hacerlo en el sector informal, pues intentar regresar al sector formal implicaría perder su pensión, además de que por su edad es poco probable que lo quisieran contratar.

Carlos: Sí pues qué más, yo no puedo trabajar en ninguna parte ya, con la edad que tengo y pensionado, aparte con el seguro en ninguna parte, porque si me meto a trabajar a alguna parte con el seguro automáticamente me quitan la pensión, con seguro no, puedo trabajar en otra cosa, que no me den seguro ni nada, ni una prestación, nada más trabajar y que me paguen, trabajar y que me paguen... el año pasado

sí me preocupaba el no pensionarme, me preocupaba que llegara el verano y que no había ventas y que, ya ves cómo es la luz aquí, sí me preocupaba, me preocupaba todos los días que no había venta, ahora ya no me preocupo porque sé que voy a agarrar mi dinerito en el verano, de perdís si no hay ventas de perdida para pagar la luz y pasarla bien, yo solo [63 años, comerciante, entrevista personal, 18 de febrero de 2020].

Como es posible observar, el tema de la jubilación es por demás complejo, sobre todo cuando se consideran particularidades como el acceso a pensiones y a otras prestaciones de seguridad social; llevando incluso a las personas como los participantes de esta investigación, que todos tuvieron la posibilidad de desarrollar su trayectoria laboral o la mayor parte de ella en el sector formal, a vivirla de formas tan diversas, pues mientras algunos participantes como Ricardo ni siquiera terminan de gastar el sueldo de su pensión, aun realizando viajes internacionales frecuentemente, a otros participantes como Carlos apenas les alcanza para asegurar el pago de los servicios básicos.

Seguramente el escenario es mucho más complejo para quienes siempre desarrollaron su trayectoria laboral en empleos informales y no tuvieron acceso a prestaciones públicas de salud, vivienda y a una pensión después de alcanzar cierta edad o una cantidad específica de años trabajados; personas como “los jotos equis” a quienes hizo alusión Jaime reiteradamente durante su entrevista, o “los obvios” a quienes hizo alusión Óscar, quienes abandonaron su trayectoria educativa o laboral por el acoso homofóbico y fueron relegados a trabajos precarizados como el trabajo sexual o el comercio informal.

## Conclusiones

Considero que los relatos de los entrevistados hacen evidentes las connotaciones negativas que existen respecto de la vejez en nuestra cultura, que es necesario comprender en su articulación con el sistema económico, político, los medios de comunicación y el sistema de género binario; lo que los lleva a resistirse a identificarse a sí mismos

como viejos. Considero que más allá de discutir si son viejos o no, de acuerdo con una perspectiva biologicista, política o sociocultural, es importante apelar a la autonominación de las personas, así como cuestionar estas imágenes negativas sobre la vejez, y reconocer que esta etapa también puede significar salud, dinamismo y autonomía, así como lo viven los participantes de esta investigación, quienes, seguramente, no son las únicas personas mayores de 60 o 70 años en vivirlo así, estas personas son mucho más activas de lo que los viejismos nos han hecho creer.

Por otro lado, si bien la esperanza de vida ha aumentado en los últimos años, también la natalidad ha disminuido considerablemente, por lo que en los próximos años provocará que exista una cantidad mayor de población envejecida susceptible de requerir servicios de cuidado y que, como los participantes de esta investigación, cada vez menos podrá “confiarse” en que los hijos, incluso el Estado, pueda brindar dichos cuidados, por ello es importante la generación de estrategias colectivas tanto para el apoyo mutuo como para impulsar el desarrollo de políticas y programas orientados a atender a esta población.

Gracias a la experiencia de los participantes también podemos reflexionar sobre la posibilidad de cuestionar, en especial el caso de los varones, los mandatos de la masculinidad que los han llevado a desarrollar prácticas de riesgo para su propia salud, así como visibilizar la posibilidad de los hombres para generar estrategias de cuidado de sí mismos, en cuanto a la salud física y mental.

Considerar la sexualidad como una dimensión inherente a todo el trayecto biográfico de los seres humanos nos permite cuestionar la asexualización que sufren tanto las personas consideradas viejas como las infancias, asexualización que en cuanto estrategia de invisibilización de una dimensión inherente a la persona puede estar vinculada con diversas formas de violencia a nivel interpersonal, institucional y cultural.

Finalmente, es necesario seguir investigando sobre las experiencias, necesidades y problemáticas específicas de otras identidades disidentes de la norma cis-heterosexual, como las mujeres lesbianas,

y mujeres y hombres trans, ya que, como mencioné previamente, representan un vacío en esta investigación, y las investigaciones que existen en otros contextos respecto de estas poblaciones han evidenciado que hay particularidades respecto de las experiencias y necesidades de los hombres gais, así como de las personas heterosexuales.

## Bibliografía

- Aguirre, Rosario y Sol Scavino (2016), “Cuidar en la vejez: desigualdades de género en Uruguay”, *Papeles del CEIC*, núm. 1(150), pp. 1-41.
- Balán, Jorge y Elizabeth Jelin (1979), “La estructura social en la biografía personal”, *Estudios Cedes*, vol. 2, núm. 9, pp. 3-25.
- Bertaux, Daniel (2005), *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Bertaux, Daniel (1999), “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, *Proposiciones*, pp. 1-23.
- Blanco, Mercedes (2011), “El enfoque de curso de vida: orígenes y desarrollo”, *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 5, núm. 8, pp. 5-31.
- Bolívar, Antonio, Jesús Domingo y Manuel Fernández (2001), *La investigación biográfico-narrativa en educación: enfoque y metodología*, La Muralla, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (2001), *Poder, derecho y clases sociales*, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Capraro, Rocco (2000), “Why College Men Drink: Alcohol, Adventure, and the Paradox of Masculinity”, *Journal of American College Health*, vol. 48, núm. 6, pp. 307-315.
- De Keijzer, Benno (1997), “El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva”, en Esperanza Tuñón (ed.), *Género y Salud en el Sureste de México*, Ecosur/UJAT, Villahermosa, pp. 199-219.
- De Vries, Brian (2009), “Aspects of Death, Grief, and Loss in Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender Communities”, en Kenneth J. Doka y Amy S. Tucci (eds.), *Living with Grief: Diversity and*

- End-of-Life Care*, Hospice Foundation of America, Washington D. C., pp. 243-257.
- De Vries, Brian (2007), "LGBT Couples in Later Life: A Study in Diversity", *Generations. Journal of the American Society on Aging*, vol. xxxi, núm. 3, pp. 18-23.
- De Vries, Brian (2006), "Home at the End of the Rainbow", *Generations. Journal of the American Society on Aging*, vol. xxix, núm. 4, pp. 64-69.
- De Vries, Brian y Gloria Gutman (2016), "End-of-Life Preparations. Among LGBT Older Adults", *Generations. Journal of the American Society on Aging*, vol. 40, núm. 2, pp. 46-48.
- De Vries, Brian y David Megathlin (2009), "The Meaning of Friendship for Gay Men and Lesbians in Second Half of Life", *Journal of GLBT Family Studies*, vol. 5, núms. 1-2, pp. 82-98.
- De Vries, Brian, Anne Mason, Jean Quam y Kimberly Acquaviva (2009), "State Recognition of Same-Sex Relationships and Preparations for End of Life Among Lesbian and Gay Boomers", *Sexuality Research & Social Policy: Journal of NSRC*, vol. 6, núm. 1, pp. 90-101.
- Díaz-Tendero, Aída (2014), "La seguridad económica para los adultos mayores lograda por el Estado de Bienestar socialdemócrata. ¿Puede México acercarse algunos pasos?", en Jaciel Montoya, Pablo Jasso y Adán Barreto (eds.), *Hitos demográficos del siglo XXI: envejecimiento*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, vol. 1, pp. 13-29.
- Figueroa, Juan Guillermo y Natalia Flores (2007), "Prácticas de cuidado y modelos emergentes en las relaciones de género. La experiencia de algunos varones mexicanos", *La Ventana*, vol. 4, núm. 35, pp. 7-57.
- G. Aguiar, José Carlos (1998), "¡Ámame por ser bello! Masculinidad=cuerpo+eros+consumo", *La Ventana*, núm. 8, pp. 269-284.
- Gastron, Liliana de y María Julieta Oddone (2008), "Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de la vida", *Perspectivas en Psicología*, vol. 5, núm. 2, pp. 1-9.
- Giribuela, Walter (2019), *Historias Manfloras: sexualidades disidentes y vejez masculina*, Editorial Universidad Nacional de Luján, Luján.

- Hankis, Agnes (1981). "Ontologies of the Self: on the Mythological Rearranging of One's Life History", en Daniel Bertaux (dir.), *Bio-ography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, Sage Publications, Beverly Hills, California.
- Harley, Debra y Pamela Teaster (2016), "Theories, Constructs, and Applications in Working with LGBT Elders in Human Services", en D. Harley y P. Teaster (eds.), *Handbook of LGBT Elders. An Interdisciplinary Approach to Principles, Practices, and Policies*, Springer, Nueva York, pp. 3-26.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) 2018*, Inegi, México, [<http://www.inegi.org.mx/>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2017), *Encuesta Nacional sobre Discriminación (Enadis) 2017*, Inegi, México, [<http://www.inegi.org.mx/>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2016 y 2014), *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)*, Inegi, México, [<http://www.inegi.org.mx/>].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2014), *Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social (ENESS) 2013*, Inegi, México.
- Kimmel, Douglas (1979), "Life-History Interviews of Aging Gay Men", *International Journal Aging and Human Development*, vol. 10, núm. 3, pp. 239-248.
- Laguarda, Rodrigo (2007), "Gay en México: lucha de representaciones e identidad", *Alteridades*, vol. 17, núm. 33, pp. 127-133.
- List, Mauricio (2018), "Gay a la mexicana", en Diego Falconí (ed.), *Inflexión marica. Escrituras del descalabro gay en América Latina*, Egales, Barcelona/Madrid, pp. 109-122.
- Martel, Frédéric (2013), *Global gay. Cómo la revolución gay está cambiando el mundo*, Santillana, Ciudad de México.
- Meccia, Ernesto (2019), "Cuéntame tu vida. Análisis sociobiográfico de narrativas del yo", en E. Meccia (dir.), *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*, Eudeba/Ediciones Universidad Nacional del Litoral, Buenos Aires, pp. 63-96.

- Meccia, Ernesto (2016), “¿Quién teme al espejo? Una polémica sociológica en torno a cómo los gays ven el envejecimiento gay”, *Research on Ageing and Social Policy*, vol. 4, núm. 1, pp. 70-95.
- Meccia, Ernesto (2015), “Cambio y narración. Las transformaciones de la homosexualidad en Buenos Aires según los relatos de homosexuales mayores”, *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana*, núm. 19, pp. 11-43.
- Meccia, Ernesto (2011), *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*, Gran Aldea, Buenos Aires.
- Merino, Enrique y María Elvira (2011), “Aproximaciones actuales en la investigación sobre la jubilación”, *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, vol. 4, núm. 1, pp. 85-90.
- Montoya, Bernardino, Pablo Jasso y Adán Barreto (2014), “Presentación”, en B. Montoya, P. Jasso y A. Barreto (eds.), *Hitos demográficos del siglo XXI: envejecimiento*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, vol. 1, pp. 1-12.
- Niethammer, Lutz (1989), “¿Para qué sirve la historia oral?”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 2, pp. 3-25.
- Osorio, Paulina (2006), “La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales”, *Papeles del CEIC*, núm. 2, pp. 1-28.
- Rada Schultze, Fernando (2018), *La diversidad en el curso de la vida: cambios y continuidades en el envejecimiento de gays, lesbianas y trans*, TeseoPress, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Rada Schultze, Fernando (2017), “La diversidad en el curso de vida. Trayectorias y memorias de los y las mayores LGBT argentinos”, en Carlos Henning y Camilo Braz (orgs.), *Género, sexualidade e curso da vida: diálogos latino-americanos*, Editora da Imprensa Universitária, Goiânia, pp. 111-143.
- Ramírez, Carlos (2017), “Reforma de pensiones en México: avances, logros y retos”, *El Cotidiano*, núm. 204, pp. 29-39.
- Randall, Margaret (1992), “¿Qué es, y cómo se hace un testimonio?”, *Revista Clínica Literaria Latinoamericana*, año XVIII, núm. 36, pp. 23-47.
- Ripamonti, Paula (2017), “Investigar a través de narrativas: notas epistémico-metodológicas”, en Marina Alvarado y Alejandro de

- Oto (eds.), *Metodologías en contexto: intervenciones en perspectiva feminista/poscolonial/latinoamericana*, Clacso, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, pp. 83-103.
- Rivas, Eloy (2005), “¿El varón como factor de riesgo? Masculinidad y mortalidad por accidentes y otras causas violentas en la sierra de Sonora”, *Estudios Sociales. Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional*, vol. 13, núm. 26, pp. 27-65.
- Robles, Leticia, Felipe Vázquez, Laureano Reyes e Imelda Orozco (2006), *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico*, Plaza y Valdés/El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- Santamarina, Cristina y José Marinas (1995), “Historias de vida e historia oral”, en Juan Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid, pp. 257-283.
- Schope, Robert (2005), “Who’s afraid of Growing Old? Gay and Lesbian Perceptions of Aging”, *Journal of Gerontological Social Work*, vol. 45, núm. 4, pp. 23-38.
- Torbenfeldt, Tea y Ditte Andersen (2020), “Narrative Analysis: Thematic, Structural and Performative”, en Margaretha Järvinen y Nanna Mik-Meyer (eds.), *Qualitative Analysis: Eight Approachers for the Social Sciences*, Sage, Los Ángeles, pp. 265-282.
- Villagómez, Alejandro y Juan Hernández (2010), “Impacto de la reforma al sistema de pensiones en México sobre el ahorro”, *Economía Mexicana*, vol. XIX, núm. 2, pp. 271-310.
- Zarur, Antonio (2011), “El fenómeno gay contemporáneo, de lo moralmente inaceptable, a segmento del mercado”, *Gestión y Estrategia*, núm. 40, pp. 51-63.

Fecha de recepción: 21/02/22

Fecha de aceptación: 26/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257153-184